



La Santa Sede

CELEBRACIÓN DE LAS PRIMERAS VÍSPERAS
DE LA SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS
TE DEUM DE ACCIÓN DE GRACIAS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana

Miércoles 31 de diciembre de 2014

[Multimedia]

La Palabra de Dios nos introduce hoy, de modo especial, en el significado del tiempo, al comprender que el tiempo no es una realidad ajena a Dios, sencillamente porque Él quiso revelarse y salvarnos en la historia, en el tiempo. El significado del tiempo, la temporalidad, es el clima de la epifanía de Dios, o sea de la manifestación del misterio de Dios y de su amor concreto. En efecto, el tiempo es el mensajero de Dios, como decía san Pedro Fabro.

La liturgia de hoy nos recuerda la frase del apóstol Juan: «Hijos míos, es la última hora» (*1 Jn 2, 18*), y la de san Pablo que nos habla de la «plenitud del tiempo» (*Gal 4, 4*). Así, pues, el día de hoy nos manifiesta cómo el tiempo que ha sido —por decirlo así— «tocado» por Cristo, el Hijo de Dios y de María, y ha recibido de Él significados nuevos y sorprendentes: se ha convertido en el «tiempo salvífico», es decir, el tiempo definitivo de salvación y de gracia.

Y todo esto nos induce a pensar en el final del camino de la vida, en el final de nuestro camino. Hubo un inicio y habrá un final, «un tiempo de nacer y un tiempo de morir» (*Ecl 3, 2*). Con esta verdad, muy sencilla y fundamental e igualmente descuidada y olvidada, la santa madre Iglesia nos enseña a concluir el año y también nuestras jornadas con un examen de conciencia, a través del cual recorreremos lo sucedido; damos gracias al Señor por todo el bien que hemos recibido y que hemos podido realizar y, al mismo tiempo, pensamos en nuestras faltas y nuestros pecados.

Dar gracias y pedir perdón.

Es lo que hacemos también hoy al término de un año. Alabamos al Señor con el himno del *Te Deum* y, al mismo tiempo, le pedimos perdón. La actitud del agradecimiento nos dispone a la humildad, a reconocer y acoger los dones del Señor.

El apóstol Pablo resume, en la lectura de estas Primeras Vísperas, el motivo fundamental de nuestra acción de gracias a Dios: Él nos hizo sus hijos, nos adoptó como hijos. Este don inmerecido nos colma de una gratitud llena de admiración. Alguien podría decir: «¿Pero no somos ya todos sus hijos, por el hecho mismo de ser hombres?». Ciertamente, porque Dios es Padre de cada persona que viene al mundo. Pero sin olvidar que nos hemos alejado de Él por el pecado original que nos separó de nuestro Padre: nuestra relación filial está profundamente herida. Por esto Dios mandó a su Hijo para rescatarnos con el precio de su sangre. Y si existe un rescate, es porque existe una esclavitud. Nosotros éramos hijos, pero nos hemos convertido en esclavos, siguiendo la voz del Maligno. Ningún otro nos rescata de esa esclavitud sustancial, sólo Jesús, que asumió nuestra carne de la Virgen María y murió en la cruz para liberarnos, liberarnos de la esclavitud del pecado y devolvernos la condición filial perdida.

La liturgia de hoy nos recuerda que, «en el principio (antes del tiempo) existía el Verbo... y el Verbo se hizo hombre» y por eso afirma san Ireneo: «Este es el motivo por el cual el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: para que el hombre, entrando en comunión con el Verbo y recibiendo así la filiación divina, se convirtiese en hijo de Dios» (*Adversus haereses*, 3,19,1: pg 7, 939; cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, 460).

Contemporáneamente el don mismo por el cual damos gracias es también motivo de examen de conciencia, de revisión de la vida personal y comunitaria, de preguntarnos: ¿cómo es nuestro modo de vivir? ¿Vivimos como hijos o vivimos como esclavos? ¿Vivimos como personas bautizadas en Cristo, ungidas por el Espíritu, rescatadas, libres? ¿O vivimos según la lógica mundana, corrupta, haciendo lo que el diablo nos hace creer que es nuestro interés? Existe siempre en nuestro camino existencial una tendencia a resistir a la liberación; tenemos miedo a la libertad y, paradójicamente, preferimos más o menos inconscientemente la esclavitud. La libertad nos asusta porque nos sitúa ante el tiempo y ante nuestra responsabilidad de vivirlo bien. La esclavitud, en cambio, reduce el tiempo a «momentos» y así nos sentimos más seguros; es decir, nos hace vivir momentos desvinculados de su pasado y de nuestro futuro. En otras palabras, la esclavitud nos impide vivir plenamente y realmente el presente, porque lo vacía del pasado y lo cierra ante el futuro, ante la eternidad. La esclavitud nos hace creer que no podemos soñar, volar y esperar.

Decía hace algunos días un gran artista italiano que para el Señor fue más fácil sacar a los israelitas de Egipto que quitar Egipto del corazón de los israelitas. Habían sido, «sí», liberados «materialmente» de la esclavitud, pero durante la marcha por el desierto, con las diversas

dificultades y el hambre, comenzaron a sentir nostalgia de Egipto y recordar cuando «comían... cebollas y ajo» (cf. Nm 11, 5); pero se olvidaban, sin embargo, que allí lo comían en la mesa de la esclavitud. En nuestro corazón anida la nostalgia de la esclavitud, porque aparentemente es más tranquilizadora, más que la libertad, que es mucho más arriesgada. Cómo nos gusta estar enjaulados por muchos fuegos artificiales, aparentemente hermosos pero que en realidad duran sólo pocos instantes. Y esto es el reino, esto es la fascinación del momento.

De este examen de conciencia depende también, para nosotros cristianos, la calidad de nuestro obrar, de nuestra vida, de nuestra presencia en la ciudad, de nuestro servicio común, de nuestra participación en las instituciones públicas y eclesiales.

Por este motivo, y siendo obispo de Roma, quisiera detenerme en nuestro vivir en Roma, que representa un gran don, porque significa vivir en la ciudad eterna, significa para un cristiano, sobre todo, formar parte de la Iglesia fundada en el testimonio y el martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Y, por lo tanto, también por esto damos gracias al Señor. Pero al mismo tiempo representa una gran responsabilidad. Y Jesús dijo: «Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará» (Lc 12, 48). Por lo tanto, preguntémonos: en esta ciudad, en esta comunidad eclesial, ¿somos libres o somos esclavos, somos sal y luz? ¿Somos levadura? O, por el contrario, nos vemos apagados, insípidos, hostiles, desconfiados, irrelevantes y cansados?

Sin duda los graves hechos de corrupción, conocidos recientemente, requieren una seria y consciente conversión de los corazones para un renacimiento espiritual y moral, así como también para un renovado compromiso en la construcción de una ciudad más justa y solidaria, donde los pobres, los débiles y los marginados estén en el centro de nuestras preocupaciones y de nuestro obrar cotidiano. Se necesita una gran y diaria actitud de libertad cristiana para tener la valentía de proclamar, en nuestra ciudad, que hay que defender a los pobres, y no defenderse de los pobres, que hay que servir a los débiles y no servirse de los débiles.

La enseñanza de un sencillo diácono romano nos puede ayudar. Cuando pidieron a san Lorenzo que mostrara los tesoros de la Iglesia, llevó sencillamente a algunos pobres. Cuando en una ciudad los pobres y los débiles son cuidados, atendidos y ayudados a promoverse en la sociedad, ellos se muestran como el tesoro de la Iglesia y de la sociedad. En cambio, cuando una sociedad ignora a los pobres, los persigue, los criminaliza, los obliga a «*mafiarse*», esa sociedad se empobrece hasta llegar a la miseria, pierde la libertad y prefiere «*el ajo y las cebollas*» de la esclavitud, de la esclavitud de su egoísmo, de la esclavitud de su pusilanimidad, y esa sociedad deja de ser cristiana.

Queridos hermanos y hermanas, concluir el año es volver a afirmar que existe una «última hora» y que existe la «plenitud del tiempo». Al concluir este año, al dar gracias y pedir perdón, nos hará bien pedir la gracia de caminar en libertad para poder así reparar los numerosos daños ocasionados y poder defendernos de la nostalgia de la esclavitud, defendernos del «*nostalgian*» la

esclavitud.

Que la Virgen santa, la Santa Madre de Dios que estaba precisamente en el corazón del templo de Dios, cuando el Verbo —que existía en el principio— se hizo uno de nosotros en el tiempo; Ella que dio al mundo el Salvador, nos ayude a acogerlo con corazón abierto, para ser y vivir verdaderamente libres, como hijos de Dios. Así sea.